

— ¡Eh! ¡qué es todo eso, señores! dijo la Tomasiniere, ¡si jugaran vms. como yo puñados de oro! ¡enhorabuena! eso se llama una partida. Yo siento mucho emplear mi dicha en un juego tan mezquino... ¡Bravi! bravissimo!... ¡Certo pio, pio, piu!... Atoussimo.

La Tomasiniere queria echarla de italiano en cuanto decia, y Destival se esforzaba por sonreirse echando la mano á su faltriguera; pero su alegría era forzada y sus sonrisas gestos. Los dos cantores se dirijian recíprocas y tiernas miradas haciendo juntos puntos de órgano que prolongaban por mucho rato, y durante los cuales tosia con impaciencia madama Destival con la esperanza de turbar la armonía que se establecia entre los músicos.

Se abrió de repente la puerta del salon y entró con un aire furibundo llevando un paraguas en una mano y en la otra un ridículo en que cabia un pilon de azucar de diez libras, una mujer gruesa de unos cincuenta años, con un sombrero de paja cuya ala apenas le cubria la frente en que se balanceaba una guirnalda de rosas lacias. A su vista retrocedió Monin, se turbó... derribó su caja de tabaco, é hizo ademan de querer ocultarse bajo la mesa.

— ¡Ah! ¡ahí está vm., señor! exclamó madama Monin, porque ella era la que acababa de entrar en el salon; lo encuentro á vm. jugando... No dudaba yo de eso... Buenas noches, mis vecinos... ¡Estando tronando! ¡habiendo una borrasca espantosa!... estarse su

merced jugando, en lugar de ir á consolarme... ¡y sabiendo el miedo que tengo á los nublados!... Perdona vm. , mi vecina , si me tomo la licencia de regañar en su casa; ¡pero vm. convendrá conmigo en que la conducta del señor es imperdonable!

Durante este sermón, el pobre Monin, sin saber donde se estaba, puso dos pesetas en el juego en lugar de dos cuartos, y encajó sus dedos en la caja que estaba vacía, tartamudeando con un aire contrito: ¿cómo va el estado de tu salud. ¿Pichona?

— ¡Mi salud! ¡ciertamente que se interesa vm. mucho por ella! ¡abandonarme durante la borrasca!... Catalina ha tenido que acompañarme bajo el cobertor...

— La lluvia es la que me ha...

— ¡Pues que un hombre debe temer la lluvia!!! Quita allá, lástima da el oír eso.

No estimaba la señora Destival á la señora Monin; pero en aquel momento, muy contenta de su llegada la hizo sentar junto al piano, y le prodigó mil agasajos, á que contestó la señora Monin con forzadas reverencias, alargando el paraguas á su esposo, quien al tomarlo, olvidándose que tenia parte en juego, murmuró an bajo que apenas se le pudo oír: — Cuando tú quieras. Pichona.

Pero Pichona que se habia sentado y hecho ya sus comentarios acerca de la petimetra, respondió con un tono seco: — Una vez que he venido cree vm. que

quiera marchar tan pronto!... ¡eso estaría lindo!... ¡cosas como de vm.!... Tendré el placer de hablar un rato con mi vecina..... y oíré la música..... Me gusta mucho la música...

— Vm. canta, según creo, madama Monin, dijo con interés madama Destival.

— ¡Oh! yo cantaba... y aun tenía bastante buena voz... pero al presente... casi he olvidado todo... excepto el duo de Armida.

— ¡Amémonos! ¡amémonos, todos convidada á ello!... ¡Ah! es tan hermoso!... que jamás será viejo.

— Yo tengo la partitura de Armida, es preciso que la cantemos con el señor...

— ¡Ah! ¡mi vecina!

— ¡Oye vm. el regalo que le hacen?

dijo en voz baja Atalia á Augusto.

— Lo aprecio mucho, respondió Dalville. ¡En verdad yo no sé qué es lo que he hecho á madama Destival para que me juegue semejante pieza!

— No tenga vm. cuidado; si se le precisa á vm. á cantar el duo yo lo acompañaré y antes del décimo compas prometo romper tres ó cuatro cuerdas.

— ¡Ah! ¡qué amable es vm.! ¡y qué obligado le quedaré!

Monin que vió á su mujer un poco templada se aventuró á decirle.

— También cantas con primor aquella aria en que hay carneros,.... *Marica hilaba tranquilamente no pensando, no soñando mas que en su niño, niño, niño.*

— ¡Calle vm., señor.... váyase á su

juego una vez que le gusta tanto jugar...

¿Es á los cientos á lo que juegan?

— No, Pichona, al ecarté.

— ¿Cómo al ecarté! ¿Y desde cuando acá sabe vm. jugar al ecarté?

— Yo no sé jugarlo,.... pero voy á decirte, apuesto.

— ¡Ah! ¿apuesta vm.; espero á lo menos que será vm. modesto, que no jugará recio?

— ¡Oh! no, Pichona,....; no tengas cuidado!...

— ¡Señor Monin, ha perdido vm. sus dos pesetas! exclamó en aquel momento el señor Destival dando un profundo suspiro.

— ¡ Dos pesetas! dijo madama Monin dando un salto en la silla que hizo temblar todos los muebles del aposento;

¡ qué! el señor Monin juega dos pesetas!...; eso es horroroso!...; Ah! mi vecina, ¡ qué le ha hecho vm. beber en la comida!...; qué significan semejantes extravagancias, señor Monin?...; Ha perdido vm. por ventura la cabeza?...

— No, Pichona... es un error... te aseguro que no jugaba mas que dos cuartos.

— Vm. ha puesto dos pesetas al juego, señor, dijo La Tomasiniere, y se han perdido.

— Habia ganado ya mucho, dijo en voz baja Monin á su mujer, eso era parte de la ganancia.

— Es necesario confesar que estoy de mala suerte, dijo Destival. ¡ Siete veces he hecho ya perder al pobre Monin!...

— ¡Siete veces, señor!... ¡siete juegos seguidos ha apostado vm.!.. Exclamó madama Monin mirando á su marido, como un gato que va á arrojarle sobre un raton.

— ¡Eh! no, Pichona ya sabes que no soy capaz de ello....

— Aquí está el duo de Armida, dijo madama Destival, vamos, señor Dalville, sírvase vm. cantarlo con la señora.

— No lo sé, dijo Augusto.

— ¡Ah! vm. es bastante buen músico para cantarlo á primera vista.

— Yo le apuntaré á vm. sus pasajes, dijo madama Monin quitándose el sombrero, por el temor de que le ahogase la voz.

Comenzó madama Monin, y su voz

hacia casi rechinar los dientes, Monin aplaudia á cada compas; de repente saltó una cuerda, la viva Atalia hizo correr sus dedos por las teclas, y pareció animada por el fuego de la ejecucion; pero al punto se rompieron la segunda y tercera cuerda, ya no era posible continuar, y Atalia se levantó diciendo: — es una lástima, esto iba tan bien.

— ¡Este es el enfado de sus pianos de vms., dijo madama Monin volviendo á tomar con mal humor su sombrero de pastora, hablarme á mí del flautin de Monin; á lo menos no hay el peligro de que se rompa jamas!...

— ¿Quieres que vaya á traerlo, Pichona?...

— Verdaderamente, buena hora es para hacer semejante proposicion, es pre-

ciso irnos á acostar , que es algo mejor que su flautin de vm.

Dejó el juego Destival, colorado como un gallo , exclamando :

— ¡ No se puede resisir esto!... ¡ Darme doce pasos!... pierdo cuarenta pesetas por lo menos!...

— ¡ Ah! cómo hay quien juegue tanto dinero ! dijo madama Monin.

— ¡ Si perdiese vm. alguna vez cuarenta pesetas, señor Monin , al punto me separaba de vm.

— ¡ Vaya, una bagatela! dijo La Tomasiniere al levantarse. Mañana jugaré yo esto de una vez en casa de un notario amigo mio. ¡ Allí sí que se juega al ecarté!... La mesa está llena de oro y billetes de banca!... Enhórabuena ; aquello sí que divierte! pero de otro

modo el ecarté es un juego muy fastidioso... ¡ Pues bien!... á propósito. ¿ Vamos á acostarnos...

— ¡ Vaya vm.!... ¡ quien se lo impide! ; dijo la viva Atalia , no tenemos necesidad de vm.!..

— A fe mia , que tengo mucho sueño....

— Bautista va á conducir á vm. á su cuarto que esta allí arriba.

— ¿ Y el mio , querida mia , ¿ en dónde está? dijo la petimetra.

Mientras , su marido subia á acostarse sin dar las buenas noches á nadie , porque eso es de mal gusto.

— El de vm. , mi amiga , respondió madama Destival , es el de su marido de vm., no tenemos otro que ofrecerle.

— ¡Cómo! ¿me va vm. á hacer por ventura acostarme con él?

— Sin duda.

— ¡Ah! eso es ridículo!... ¡jamás me sucede eso!... ¡yo no me acuesto con el señor La Tomasiniere!... Sabe vm. muy bien que yo tengo mi habitacion....

— Por una vez, hermosa dama, dijo Destival tomando un talante maligno, el querido esposo no se lamentará de ello...

— ¡Ah! Dios mio, qué divertido es eso!... dijo Atalia haciendo un gesto. En este intermedio, madama Monin, que habia acabado por fin de remangar su vestido, y poner su chal. Hacia mimos á madama Destival, diciendo:

— ¡En cuanto á mí, yo duermo con

mi marido... y me alegraría de ver que jamás le ocurria hablar de habitacion separada! ah! ¡ah!...

— Tú sabes muy bien que no tengo deseos de....

— Eso es bueno..... señor Monin, yo me sé lo que me sé... Buenas noches, mi vecina. Mi vecino, saludo á vm.... ¡Y bien! señor. ¿Por qué no se pone vm. su sombrero? ¿Qué es eso?

Tenia miedo Monin de que su mujer reparase en el agujero hecho en él y se decidió por fin á ponérselo sobre la oreja izquierda, á fin de que estuviese menos visible su fondo á las miradas de su mitad. Y se llevó á su esposo madama Monin, prometiéndole que no le permitiría mas comer fuera de casa sin ella, porque no se contenia bien en la mesa y

eso le hacia cometer mil extravagancias.

Despues de haberse marchado los vecinos, confesó el señor Destival que el ejercicio lo habia fatigado y no tardó en acostarse.

La música habia establecido la mayor intimidad entre Dalville y la brillante Atalia : para el que sabe gustar de los encantos de la armonía, nada une mas dos corazones que una cancion tierna y graciosa, y un pasaje muy apasionado que frecuentemente se dirijen el uno al otro; ¡ la música es un auxiliar muy poderoso para el amor !... Conmueve, entenece, habla al alma y, gracias al cielo, casi todas nuestras damas saben en el dia tocar el piano.

Pero se levantó Atalia, y la acom-

pañó á su habitacion madama Destival.

Antes de entrar en ella dijo la petimetra riéndose á su amiga : — ¡ Querida mía !... tengo que hacer á vm. una confianza.... Creo que he hecho la conquista del señor Dalville.

— Vm. lo cree....

— ¡ Ah ! ¡ estoy casi segura de ello, me ha dicho de esas medias palabras... vm. sabe; luego me ha apretado la mano tiernamente....

— ¡ La felicito á vm. de ello !

— ¡ Oh ! vm. comprende bien que yo no trato mas que de divertirme, á eso se reduce todo !

— Por lo demas, se lo digo á vm. francamente, su conquista debe apreciarse en poco, porque es hombre que se enamora de cuantas mujeres ve....

¡A Dios! hermosa mia, buenas noches.

— ¡Hasta mañana, amiga mia! Me levantaré temprano para pasearme por el campo.

— Yo la acompañaré á vm., querida mia.

Se separaron estas señoras bajándose madama Destival al salon en que no encontró ya á Dalville, que habia entrado tambien en su cuarto; hizo otro tanto la señora y llamó á Julia para que fuese á desnudarla.

---

## CAPITULO VI.

### LA SOCIEDAD VUELVE A PARIS.

Se pasó la noche: ¿habia calmado su sombra protectora el mal humor de la señora Destival y reparado las fatigas de su esposo? ¿Se habia propuesto Dalville ser juicioso y Bertrand ser sobrio? ¿Se habia consolado la viva Atalia de haber dormido con su marido, y el señor La Tomasiniere habia dormido